Laura Bellini



Por este camino hacia la cercanía

El camino que comparten
comienza con una elección honesta

Por este camino hacia la cercanía

El camino que comparten comienza con una elección honesta

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384902691

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Dos versiones del mismo camino 12
Capítulo 2 - Los límites que nosotros mismos establecemos 23
Capítulo 3 - Donde termina el mapa 35
Capítulo 4 - Lo que no aparece en los planos 45
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 56
Capítulo 6 - A un beso de distancia 67
Capítulo 7 - Entre el deseo y la confianza 78
Capítulo 8 - Al otro lado de la rutina 90
Capítulo 9 - El precio de una decisión compartida 102
Capítulo 10 - Cuando nos elegimos 111
Capítulo 11 - Hacer espacio para otra persona 123
Capítulo 12 - La información que lo cambia todo 133
Capítulo 13 - El límite del compromiso 142
Capítulo 14 - Una verdad contada a medias 153
Capítulo 15 - Todo lo que no había dicho 165
Capítulo 16 - La distancia necesaria para la verdad 176
Capítulo 17 - Lo que queda cuando nos alejamos 185
Capítulo 18 - Una decisión sin garantías 195
Capítulo 19 - El precio justo de la victoria 204
Capítulo 20 - Por este camino hacia la cercanía 214

INTRO

La primera vez que vi a Wit Górny fue justo cuando alguien había desplazado mi proyecto treinta centímetros.

No había nada romántico en aquella situación. Estaba con los tobillos hundidos en la hierba mojada junto al río Óder, con una carpeta apretada contra el pecho y un teléfono que llevaba diez minutos intentando, sin éxito, encontrar cobertura. El viento de noviembre hacía revolotear las hojas sujetas a un panel informativo provisional, mientras dos obreros discutían si los cimientos de hormigón de una antigua papelera todavía podían servir para algo.

Sin embargo, treinta centímetros significaban mucho más de lo que cualquiera habría imaginado. En mi proyecto, esa era exactamente la distancia que separaba un paso seguro para las bicicletas de una posible colisión con las raíces de un viejo tilo. Después de dos meses de mediciones, consultas y correcciones de planos, sabía perfectamente por qué el trazado pasaba por donde yo lo había situado.

Por eso, cuando vi una estaca roja clavada en el suelo con el número diecisiete, me enfadé.

—¿Quién ha movido esto? —pregunté.

El obrero de la chaqueta naranja me miró por encima de su vaso de café.

—El de los senderos.

—¿Qué hombre de los senderos?

—Uno alto. Con una chaqueta azul marino. Dijo que así estaría mejor.

Todavía no conocía al hombre que se consideraba con derecho a corregir el trabajo ajeno sin hacer siquiera una llamada, pero dejé de caerle bien de inmediato.

Tenía treinta y cinco años, mi propio estudio de urbanismo y suficiente experiencia para saber que las palabras «así estará mejor» solían pronunciarlas quienes después no tendrían que responder por las consecuencias. Durante los últimos siete años había construido mi empresa sobre principios exactamente opuestos: mediciones, decisiones transparentes y la responsabilidad de firmar cada solución propuesta, incluso las más incómodas.

La remodelación del paseo ribereño de Opole debía ser el proyecto que permitiera a mi pequeño estudio dejar por fin de vivir de un encargo al siguiente. Y no se trataba únicamente de dinero. Quería crear un espacio donde una mujer mayor cargada con sus compras, un niño en bicicleta y una persona en silla de ruedas no tuvieran que disputarse el mismo metro de acera.

Saqué el plano de la carpeta y me arrodillé junto a la estaca.

—Yo no haría eso.

La voz llegó desde detrás de mí. Grave, tranquila, con aquella irritante seguridad de quien no necesita alzar el tono para hacerse escuchar.

Giré la cabeza.

El hombre rondaba los cuarenta años. Tenía el cabello oscuro, ligeramente salpicado de canas en las sienes, y llevaba una chaqueta azul marino abierta a pesar del frío. Sostenía unos planos enrollados y un vaso de cartón. No parecía alguien que acabara de arruinarle la mañana a otra

persona. Parecía alguien que sabía perfectamente por qué lo había hecho.

—¿Qué es exactamente lo que no haría? —pregunté.

—Sacar la estaca. Debajo hay un cable que no aparece en el plano actualizado.

Miré el suelo y después lo miré a él.

—¿Y usted cómo sabe que está ahí?

—Por la documentación técnica.

—En la documentación que recibimos los participantes del concurso no figuraba ningún cable.

Durante un instante me observó con mayor atención. No apartó la mirada, pero tampoco respondió inmediatamente.

—Es posible que la documentación esté incompleta.

—Eso es un problema bastante serio.

—Estoy de acuerdo.

Aquella facilidad para darme la razón me irritó más que cualquier oposición.

Me incorporé y me sacudí la rodilla. Me sacaba fácilmente unos quince centímetros de altura, pero no recurrió a esa maniobra tan habitual entre algunos hombres de acercarse un paso más de lo necesario. Permaneció donde estaba y esperó.

—Rita Gawron —me presenté—. Soy la autora de la propuesta B.

—Wit Górny. Propuesta C.

Por supuesto.

Sabía bastantes cosas sobre él, aunque nunca nos habíamos conocido personalmente. Había diseñado

itinerarios peatonales y ciclistas en varias ciudades, tenía fama de ser un hombre eficaz y su propuesta para el paseo de Opole era la competencia más seria de la mía. Él apostaba por la fluidez de la circulación y el atractivo de los recorridos. Yo, por la accesibilidad, las zonas de descanso y el equilibrio entre los distintos usuarios.

—Así que ha sido usted quien ha desplazado el trazado de mi carril.

—He marcado un trazado alternativo. No he modificado su proyecto.

—La estaca está exactamente sobre mi eje de medición.

—Porque quería mostrar la diferencia.

—Podría haber utilizado otro color.

Miró el plástico rojo y después volvió a mirarme.

—En eso tiene toda la razón.

Tenía una manera peligrosa de aceptar las críticas. No se defendía por reflejo ni intentaba ganar cada intercambio de palabras. Eso hacía más difícil enfadarse con él, lo cual decidí considerar otro de sus defectos.

Una ráfaga de viento arrancó una hoja suelta de mi carpeta. Wit la atrapó antes de que cayera al río. No lo hizo lanzándose espectacularmente a rescatarla; simplemente extendió la mano en el momento oportuno.

—¿Una sección transversal? —preguntó al devolverme la hoja.

—Sí.

—Ha resuelto muy bien el acceso al agua.

Lo observé con desconfianza.

—¿Es un cumplido o el preludio de otra corrección?

—Un cumplido. A veces también los hago.

Una breve sonrisa apareció en su rostro. No fue especialmente amplia, pero transformó la expresión de sus ojos. Solo entonces advertí que eran de un tono entre gris y verde, y que las pequeñas arrugas que los rodeaban sugerían que sonreía mucho más a menudo de lo que dejaba entrever su tono profesional.

Fui la primera en apartar la mirada.

No porque me hubiera sentido intimidada. Al menos, eso fue lo que me dije.

—Me gustaría ver esa documentación —declaré.

—Lo entiendo.

—No le pregunto si lo entiende. Le pregunto si puede facilitármela.

Esta vez la sonrisa desapareció.

—Tengo que comprobar en qué condiciones me fue entregada.

Lo miré fijamente durante unos segundos.

—¿Quiere decir que alguien le proporcionó documentos a los que los demás proyectistas no tuvimos acceso?

—He dicho que necesito comprobar cuál es su situación.

—Eso no es una respuesta.

—No. Todavía no.

No había superioridad en su voz. Más bien una cautela que no encajaba en absoluto con la naturalidad con la que, unos minutos antes, había colocado sus propias marcas sobre mi terreno de trabajo.

Antes de que pudiera insistir, sonó mi teléfono.

En la pantalla apareció el nombre de la funcionaria encargada del concurso.

—Señora Gawron, qué bien que haya conseguido localizarla. Ha habido un cambio organizativo. La semana que viene celebraremos una reunión con los vecinos. El comité ha decidido que los autores de las dos propuestas mejor valoradas preparen una presentación conjunta de las posibles soluciones.

Miré a Wit.

—¿Conjunta?

—Sí. Queremos mostrar los puntos en común y las diferencias, sin prejuzgar el resultado del concurso. Usted, señora Gawron, y el señor Górny.

Wit debió de escuchar su apellido, porque levantó las cejas.

—Entiendo —respondí con cautela.

—Les enviaremos los documentos hoy mismo. Confío en que colaboren de manera profesional.

Colgué antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme.

Durante unos instantes, lo único que escuchamos fue el agua golpeando contra el revestimiento de piedra de la orilla. Al otro lado del río, alguien paseaba a su perro y, sobre nuestras cabezas, una gaviota lanzó un graznido.

—Parece que vamos a trabajar juntos —dijo Wit.

—Parece que vamos a hacer una presentación juntos. Hay una diferencia fundamental.

—¿Para usted?

—Para cualquiera que no quiera confundir la colaboración con renunciar a su propio criterio.

Aceptó mis palabras sin ofenderse.

—En ese caso, propongo que empecemos por establecer qué es lo que ninguno de los dos está dispuesto a sacrificar.

Era razonable. Tan razonable que sentí ganas de negarme por pura contrariedad.

En lugar de hacerlo, guardé el plano en la carpeta.

—Yo no voy a sacrificar la transparencia del concurso.

Me sostuvo la mirada más tiempo que antes. Sus dedos se cerraron alrededor del vaso de cartón con tanta fuerza que la tapa se deformó ligeramente.

—Y yo no voy a sacrificar la seguridad de las personas que utilizarán este lugar —respondió.

—Eso no debería enfrentarnos.

—No debería.

Durante un instante tuve la impresión de que estaba a punto de añadir algo más. Sin embargo, se apartó para dejarme pasar por el estrecho sendero embarrado.

Podría haberme marchado. Debería haber regresado al estudio, revisado los documentos y preparado una consulta oficial para el comité. Tenía mi propio trabajo, mis propias responsabilidades y no necesitaba a ningún competidor atractivo para ser feliz.

Y, sin embargo, me quedé.

—¿Señor Górny?

Se volvió hacia mí.

—Llámeme Wit.

—Todavía tengo que pensármelo. Quería preguntarle si dispone de un momento hoy para enseñarme dónde pasa ese cable.

Volvió a sonreír, esta vez más despacio.

—Dispongo incluso de una hora.

—Necesito veinte minutos.

—Ya veremos si son suficientes.

Empezamos a caminar junto al río, manteniendo entre nosotros una distancia apropiada para dos desconocidos.

Todavía no entendía por qué su presencia conseguía alterar con tanta facilidad la serenidad que tanto me había costado construir. Solo sabía que deseaba descubrir la respuesta a la pregunta sobre aquella documentación con la misma intensidad con la que quería escuchar qué tendría que decirme cuando dejáramos de hablar de senderos.

Observé su perfil y, de pronto, se me ocurrió algo mucho menos cómodo.

¿Podría un hombre en quien no estaba segura de poder confiar profesionalmente convertirse en alguien a quien llegara a desear dejar entrar en mi intimidad?

Capítulo 1 - Dos versiones del mismo camino

A la mañana siguiente, sobre mi escritorio había tres documentos impresos, dos vasos de café vacíos y una comunicación oficial que ya había leído cuatro veces, cada una con mayor irritación que la anterior.

El comité del concurso esperaba que Wit Górny y yo preparáramos, en un plazo de seis días, una presentación conjunta para los vecinos de Opole. Debíamos mostrar las diferencias más importantes entre nuestras propuestas, señalar las posibilidades de combinarlas y presentar una solución que pudiera someterse a nuevas consultas. Al mismo tiempo, el concurso seguía sin resolverse y nuestros proyectos continuarían siendo evaluados de manera independiente.

Todo aquello parecía razonable hasta que uno se detenía a pensar quién sería exactamente el propietario de las ideas desarrolladas durante aquella colaboración.

—Miras ese documento como si esperases que te devolviera dinero —observó Nina, mi compañera de trabajo.

Nina tenía veintinueve años, un talento extraordinario para las visualizaciones espaciales y una capacidad casi sobrenatural para reconocer mi estado de ánimo por la manera en que dejaba el bolígrafo sobre la mesa.

—Me gustaría que me devolviera seis semanas de mi vida.

—¿Eso es lo que tardaste en preparar el proyecto?

—Eso es lo que tardé en convencerme de que todas las reglas del concurso estaban claras.

Nina se sentó en el alféizar de la ventana. Fuera de nuestra oficina, en la calle Krakowska, la gente se apresuraba hacia sus trabajos, escondiendo el rostro entre las bufandas. Me gustaba aquella vista. Me recordaba que las ciudades no se construyen para crear visualizaciones espectaculares, sino para todas esas personas que simplemente quieren llegar al lugar al que se dirigen.

—¿Y el otro proyectista? —preguntó.

—¿Qué pasa con él?

—Dicen que es bueno.

—Lo es.

—Lo has dicho como si acabaras de confesar un delito.

Deslicé hacia ella un boceto en el que había señalado el tramo problemático de la instalación subterránea. Los veinte minutos que había previsto pasar con Wit el día anterior se habían convertido en casi una hora. Me había mostrado por dónde pasaba el cable, explicado el riesgo relacionado con la cimentación prevista para el pavimento y reconocido que mi solución para los peatones era mejor que la suya. Sin embargo, no me había facilitado el documento en el que basaba sus afirmaciones.

—Precisamente por eso resulta problemático —respondí—. Sabe lo que hace. Y a mí no me gusta competir con personas que saben lo que hacen.

Nina se echó a reír, pero yo recuperé enseguida la seriedad. Había presentado una solicitud formal para que la documentación técnica actualizada se pusiera a disposición de todos los participantes. No pensaba acusar a nadie sin pruebas, pero tampoco podía fingir que el problema no existía.

Mi teléfono vibró.

El mensaje de un número desconocido contenía apenas unas frases.

«Buenos días, señora Rita. Soy Wit Górny. Le propongo reunirnos a las once en la sala de consultas del ayuntamiento. Llevaré las propuestas iniciales para nuestra presentación conjunta. Supongo que ya habrá preparado una lista de todas las cosas con las que no está de acuerdo».

Sonreí involuntariamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nina.

—Nada.

—Rita, acabas de sonreírle al teléfono.

—Es una reacción defensiva.

Respondí: «La lista es larga. Reserve dos horas».

La respuesta llegó inmediatamente.

«Entonces llevaré café».

A las once entré en una pequeña sala de la segunda planta del ayuntamiento. Wit ya estaba allí. Permanecía junto a la ventana, hablando por teléfono, pero cuando me vio terminó la conversación y dejó el dispositivo sobre la mesa con la pantalla hacia abajo. Dos vasos de café y varias hojas cuidadosamente ordenadas nos esperaban sobre la superficie.

—Puntualidad —comentó—. Es un buen augurio para nuestra colaboración.

—Yo no sacaría conclusiones tan precipitadas.

—Tiene razón. El café es sin azúcar. Si usted lo toma dulce, empezaremos con un conflicto.

Me senté al otro lado de la mesa.

—No le pongo azúcar.

—Nuestro primer punto en común.

Me entregó el vaso y observé que tenía las manos ligeramente enrojecidas por el frío. Sus dedos eran fuertes, con el aspecto de unas manos acostumbradas al trabajo, muy diferentes de las que uno esperaría de un proyectista que pasa la mayor parte de su vida delante de una pantalla. Pensé que probablemente salía a realizar inspecciones sobre el terreno con más frecuencia que otros profesionales. Aquella pequeña observación me pareció sorprendentemente personal.

—Antes de empezar —dije—, me gustaría dejar una cosa clara. No estoy dispuesta a que mi proyecto se presente como parte de su propuesta.

—No esperaba que aceptara algo así.

—Tampoco permitiré que se utilicen mis soluciones en las siguientes fases del concurso sin reconocer su autoría.

—Lo entiendo.

—Y quiero que cualquier modificación importante sea aprobada por ambos.

Wit se sentó frente a mí.

—Yo también tengo una condición.

Cerré la carpeta.

—Lo escucho.

—No fingiremos delante de los vecinos que todo es posible si ambos sabemos que no lo es.

Durante un instante me pregunté si estaba intentando provocarme.

—Explíquese.

—Su proyecto es ambicioso. El mío también. Pero si combinamos únicamente los elementos más atractivos de ambas propuestas, obtendremos algo imposible de construir con el presupuesto previsto. La gente verá imágenes preciosas y, dentro de seis meses, alguien tendrá que explicarle por qué ha desaparecido la mitad de las promesas.

—No estoy proponiendo prometer cosas que no podamos cumplir.

—Lo sé. Por eso sugiero preparar una propuesta conjunta para la consulta que muestre las decisiones reales que habrá que tomar. Si desplazamos el carril, quizá perdamos parte de las zonas verdes. Si lo estrechamos, empeoraremos la comodidad de los ciclistas. No convirtamos esas decisiones en una campaña de marketing.

Lo observé durante varios segundos.

Fue el primer momento en que comprendí de verdad por qué su proyecto había obtenido una valoración tan alta. No se trataba de visualizaciones atrevidas ni de materiales de moda. Wit concebía el espacio como una sucesión de consecuencias de las que alguien debía responsabilizarse.

—Estoy de acuerdo con ese principio —respondí—. Siempre que los datos estén disponibles para los dos.

No necesitaba explicarle a qué me refería.

Wit dejó su vaso sobre la mesa.

—He enviado una consulta sobre la documentación técnica.

—¿Al ayuntamiento?

—Sí.

—¿Cuándo recibiremos una respuesta?

—Espero que antes de la reunión con los vecinos.

—La esperanza no es un método de diseño.

—Menos mal, porque no la he incluido en el calendario de trabajo.

Quise responder con algún comentario igualmente mordaz, pero en lugar de hacerlo abrí la carpeta. Sabía que, si permitía que siguiera dando a nuestra conversación aquel tono ligero, terminaría olvidando por qué había acudido realmente.

Durante la hora siguiente comparamos ambos proyectos. El mío contemplaba zonas de descanso más amplias, accesos con pendientes suaves y pequeños espacios de encuentro. El suyo ofrecía a los ciclistas un recorrido más fluido y resolvía mejor las conexiones con las rutas existentes. En algunos puntos las diferencias eran mínimas; en otros, parecían casi imposibles de conciliar.

Cuando llegamos al tramo próximo a los árboles antiguos, Wit acercó su dibujo al mío.

—Aquí podemos utilizar su solución.

—¿Podemos?

—Podemos presentarla como la mejor alternativa.

Levanté la mirada.

—¿Incluso si eso significa renunciar a la suya?

—Si es mejor, sí.

—Me sorprende usted.

—Supongo que eso es bueno.

—Todavía no lo he decidido.

Se inclinó sobre el plano y señaló el lugar donde se unían dos rutas. El aroma de su colonia, discreto y amaderado, se mezcló con el del café. La distancia entre nosotros disminuyó porque ambos intentábamos distinguir el mismo detalle. No me tocó, aunque habría bastado un movimiento mínimo.

—En cambio, aquí —continuó—, su propuesta necesita una corrección.

Me aparté unos centímetros, más para recuperar la concentración que porque realmente lo necesitara.

—¿Por qué?

Me explicó el problema relacionado con la pendiente del pavimento y el drenaje. Al principio quise protestar, pero poco después comprendí que tenía razón. No fue un descubrimiento agradable.

—Está bien —admití—. Revisaré ese tramo.

—No tiene que decirlo con ese tono.

—¿Con qué tono?

—Como si acabara de firmar un acta de rendición.

Lo miré por encima de mis gafas.

—No se acostumbre a las victorias.

Sonrió.

—No pienso hacerlo.

A mitad de la reunión, Katarzyna Domańska, la funcionaria responsable del concurso, asomó la cabeza por la puerta. Tenía el rostro cansado de alguien que llevaba toda la mañana respondiendo preguntas para las que todavía no tenía respuestas.

—Veo que están trabajando. Excelente. Solo quería pedirles que no presenten ninguna solución como definitiva. El comité evaluará los proyectos de acuerdo con los criterios originales.

—También nos gustaría aclarar las condiciones de utilización de la documentación técnica —intervine.

Domańska miró a Wit y después a mí.

—Se está preparando una respuesta a su solicitud.

—¿Podría indicarme una fecha concreta?

—Como muy tarde, el lunes.

Anoté la información.

—Gracias.

Después de que se marchara, Wit permaneció unos instantes mirando la puerta cerrada.

—Es usted perseverante —comentó.

—Es una manera más amable de decirlo que las que suelo escuchar.

—¿Y qué suele escuchar?

—Difícil. Testaruda. Inflexible.

—La falta de flexibilidad puede ser un problema para alguien que diseña caminos.

—Y el exceso de flexibilidad, para alguien responsable de la seguridad.

Soltó una risa suave. Fue la primera vez que lo oí reír de verdad, no simplemente sonreír. Me gustó más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Al terminar la reunión habíamos establecido el reparto de responsabilidades. Yo prepararía la parte dedicada a la

accesibilidad y los espacios sociales; él se encargaría de la organización de los recorridos y del análisis técnico. Juntos desarrollaríamos tres alternativas para el tramo conflictivo del paseo. Cada uno conservaría la autoría de sus soluciones y todos los materiales se incorporarían a una carpeta compartida.

Mientras guardaba los documentos, Wit me detuvo con una pregunta.

—Señora Rita, ¿por qué es tan importante para usted este concurso?

La respuesta parecía evidente y, sin embargo, no tenía ganas de pronunciarla.

—Es un encargo importante.

—Lo sé. Pero estoy preguntando otra cosa.

Cerré la carpeta.

—¿Y usted por qué quiere ganarlo?

No respondió inmediatamente.

—Porque me gustaría ver por fin construido un recorrido que yo haya diseñado y saber que, dentro de diez años, no tendré motivos para avergonzarme de él.

No esperaba aquella clase de sinceridad.

—Son unas exigencias bastante altas.

—Lo sé. Por eso a veces pierdo.

En su voz apareció un matiz que no había escuchado antes. No era amargura, sino más bien la experiencia de alguien que conocía el precio de sus propias decisiones.

Durante un instante consideré contarle la verdad sobre mi estudio, sobre el préstamo y sobre el hecho de que ganar aquel concurso me permitiría contratar a otra persona. En

lugar de hacerlo, me ajusté la correa del bolso sobre el hombro.

—Yo quiero que la gente pueda disfrutar del paseo sin tener que adaptarse a los errores de quien lo diseñó.

Wit asintió.

—Es una buena razón.

Salimos juntos al pasillo. Junto a las escaleras se detuvo para dejar pasar a un grupo de ciudadanos que realizaban gestiones en el ayuntamiento. Solo cuando el corredor quedó vacío volvió a hablar.

—El viernes me gustaría inspeccionar un tramo del recorrido sobre el terreno. Si tiene tiempo, me vendría bien conocer su opinión.

—El viernes tengo una reunión con un cliente.

—Entonces buscaremos otro momento.

No insistió. Aquella sencillez me sorprendió más que la invitación.

—Puedo el sábado por la mañana —dije.

Me miró con evidente interés.

—¿Trabaja los sábados?

—Cuando es necesario.

—¿Y cuando no lo es?

Me detuve en las escaleras.

—Entonces intento recordar que existe vida más allá de los proyectos.

—¿Con éxito?

Negué con la cabeza.

—No demasiado.

No hizo ningún comentario. Por un momento tuve la impresión de que le gustaría preguntar algo más, pero respetó un límite que ni siquiera había necesitado establecer.

Delante del edificio nos despedimos con un breve apretón de manos.

—Hasta el sábado, señora Rita.

—Hasta el sábado, señor Górny.

Cuando se alejó, observé que no volvió la cabeza. Aquello debería haberme alegrado. En cambio, sentí una decepción absurda que atribuí inmediatamente al cansancio.

Regresé a la oficina con todos los acuerdos establecidos, varias correcciones pendientes y la certeza de que colaborar con Wit Górny sería más difícil de lo que había previsto.

No porque fuera mi competidor.

Sino porque cada vez me costaba más verlo únicamente de esa manera.

Capítulo 2 - Los límites que nosotros mismos establecemos

El sábado por la mañana me desperté quince minutos antes de que sonara el despertador y permanecí inmóvil durante un rato, contemplando una franja de luz que se deslizaba lentamente por el techo.

No recordaba cuándo había sido la última vez que había aceptado una reunión profesional durante el fin de semana sin sentir que alguien me arrebataba una parte de mi libertad. En aquella ocasión había sido yo quien propuso la fecha. Aun así, necesité varios minutos para convencerme de que se trataba exclusivamente de trabajo.

El teléfono estaba sobre la mesita de noche. Revisé los mensajes.

Wit había escrito la noche anterior: «A las nueve, junto al puente. Trae calzado cómodo. No pienso limitar nuestra discusión al asfalto».

Yo le había respondido: «Y yo no pienso limitar mis observaciones a tus ideas».

Ahora, al releer aquel intercambio, sonreí para mis adentros.

No me gustaba descubrir que empezaba a esperar sus respuestas.

Durante los últimos tres años había mantenido una separación cuidadosamente calculada entre el trabajo y mi vida privada. Después de romper con Michał, con quien había compartido casi una década, me prometí que nunca volvería a adaptar mis ambiciones a la necesidad de seguridad de otra persona. Michał no era un mal hombre.